

Recuerdos de la Tierra

El hombre aseguró la máscara, las gafas y el gorro protector, y abrió la compuerta exterior del cubículo donde vivía. El cielo era de ese tono gris que anunciaba tormenta. Claro que el color del cielo siempre era gris pero, después de tanto tiempo en ese planeta, había llegado a diferenciar sus distintos tonos y éste era el que presagiaba la tormenta. Así que aceleró el paso para llegar al bar antes de que empezaran las oleadas de polvo y arena. Sí, pensó, polvo, arena y ese viento endemoniado que haría difícil andar por la calle, mejor sería correr un poco.

En ese momento la mujer estaba apoyada en la barra, mirando el holograma con hastío. Las imágenes de escenas de sexo se iban alternando con otras de deportes violentos, las cosas que gustaban a los mineros. ¿Qué se podía esperar de un grupo de hombres sin más entretenimiento que este bar? Machos hambrientos de sexo aislados en este infierno durante meses o años. Ja!. Había que estar loco para venir aquí. Pero el dinero estaba bien, eso sí, la paga era excelente. Por eso ella había venido, como parte de los servicios de entretenimiento que la corporación suministraba. Y el sueldo tampoco estaba mal, no, aunque su mayor parte funcionaba en forma de comisión. Tantos clientes, tantos créditos. Pero hoy estaba vacío, absolutamente vacío.

Había algunos días así. Sobre todo los días en que se emitía algún partido, como hoy. No importaba que ese partido se hubiera jugado hacía días y que, de hecho, todo el mundo conociera su resultado. Era igual, era un partido. Y los hombres como niños se reunían a verlo en el cine. Un fastidio.

El hombre llegó a la compuerta del bar con las primeras ráfagas de viento huracanado y se apresuró a entrar en la antecámara protectora. Se levantó las gafas cubiertas de polvo, para poder ver bien el panel de seguridad, y se quitó el guante de la mano derecha. A pesar de que la antecámara tenía un calefactor, que echaba un chorro de aire caliente desde el techo, notó la mordedura del aire frío en su carne desnuda. Menos mal que hoy sólo estaban a veinte bajo cero, pensó, a cualquier cosa la clasifican de mundo habitable hoy en día. Apoyó la palma de la mano en el cristal del panel de seguridad y esperó a que el sistema de reconocimiento hiciera su trabajo.

Cuando la mujer le vio entrar no se sorprendió que fuera él. De todos los hombres de la mina ese era el único que no parecía interesarse por los deportes. Ni por las mujeres

tampoco, por lo que sabía. Quizás tenga otros gustos, pero seguro que agradecerá algo de compañía, decidió dando un último sorbo a su “especial azulado”.

Después de desembarazarse de su “traje de paseo”, como lo llamaba, se sintió más ligero y liviano. Hoy la música estaba bien, se notaba que no había las típicas “peticiones” que echaban a perder las combinaciones del disk jockey-barman. Era el único motivo para venir aquí. Bueno, ese y el observar a la gente. Aunque hoy de eso nada. El bar estaba vacío. Salvo por la rubia de la barra, claro, pero ella estaba de servicio, como el barman.

No estaba mal. Decidió tras observarlo en el reflejo del espejo al fondo de la barra. Un poco delgado, bastante fofo y con algunos años de más. Nada comparado con las montañas de músculo de los mineros normales. Pero su mirada era interesante y no tenía mal aspecto. Además con éste ya se veía que no había nada que temer. Llevaba escrito en la frente: soy una buena persona, del tipo inofensivo. Un poco de relax le iría bien para variar.

Dejó que sus ojos se habituaran a la semipenumbra azulada del local y se dirigió a su rincón preferido, situado en un extremo del bar que estaba alejado de la zona normal de bullicio. Se sentó en el butacón frente a la mesa de cristal y esperó a que el chico viniera con su bebida. Después de tanto tiempo de pedir lo mismo ya no hacía falta que le preguntaran que quería, ventajas de ser repetitivo.

La mujer esperó a que sirvieran la bebida a su futuro cliente antes de acercarse. Siempre es mejor que hayan bebido algo, aunque con éste quizás habría de esperar a que estuviera borracho, pensó. Se sonrió imaginando las reacciones del tipo tímido. Hacía tanto tiempo que no veía uno. Venga, va a ser divertido, se dijo.

Estaba con los ojos cerrados, escuchando la música y dejando que el alcohol hiciera su efecto, cuando escuchó muy cerca de su oído una voz suave que decía, en un estudiado tono sensual:

¿Hola guapo, te importa que me siente a tu mesa?

La miró. Era la rubia de la barra, evidentemente. Una de las chicas que amenizaban el local. Todas jóvenes y guapas. En otras condiciones seguro que no se hubiera acercado a él, con todos los mineros haciendo cola para estar con ella. Pero hoy el local estaba vacío. Sabía que si le decía que sí quería decir que la invitaba. Y no es que eso le importase, claro, pero él venía a ese local por la música. Por la música y la bebida y, también, para recordar. Para atormentarse con sus sueños etílicos.

Iba a decir que no cuando se dio cuenta de lo tonto que sería. ¿Decir que no a la chica cuando era el único cliente del bar? Un poco ridículo, la verdad. Además tampoco importaba tener a alguien con quien hablar. Aunque no fuera por amistad.

No, claro – contestó señalando la butaca de al lado.

Gracias –dijo ella sentándose a su lado- y a ti, ¿cuanto tiempo te han echado? – preguntó, utilizando la expresión coloquial para referirse a la duración del contrato.

Me temo que es de los largos, tres años –respondió él.

Ay, pobrecito –exclamó ella- y ¿cuanto tiempo llevas ya?

Uno y medio –respondió, pero luego añadió- bueno, casi. En realidad es un año y tres meses.

Debes de estar muy triste, ¿verdad?

Sí, un poco

Él la miró de nuevo y decidió no seguir con aquel tema. Aunque era precisamente lo que lo atormentaba prefería no hablar de ello. La imaginaba poniéndose más dulce y maternal y... no, no quería nada de eso. Intentó desviar la conversación hacia otras cosas.

Bueno, no es tan grave –dijo- no trabajo en los pozos sino arriba. Soy el que analiza las muestras para saber si el material es bueno.

Oh, ¡un técnico! –exclamó ella- que interesante

No creas, yo no cobro los pluses por peligrosidad y siempre estoy peleándome con el jefe de producción cuando la veta no es buena.

Venga, no te hagas el humilde. Los técnicos son más importantes que los mineros, todo el mundo lo sabe.

Ya, pues no creo que lo sepan mis jefes.

Bebió un largo trago mientras pensaba: Pero ¿qué estoy haciendo? Ya estoy cayendo otra vez en su trampa. No, la cosa no va bien. No me gusta el cariz que esta tomando la conversación. No debería haberla invitado pero ya es tarde. Espero que la bebida me afecte rápido.

Esperó un rato, antes de volver a hablar, dejando que el alcohol hiciera su trabajo. Pero no podía dejar de pensar en el pasado que tanto añoraba.

¿Has visto alguna vez un cielo azul? – dijo él al final.

No, claro que no –respondió ella- no estuve nunca en la Tierra. Antes del desastre me refiero, ya sabes.

Si, ya lo sé –dijo él- sobrevivieron muy pocos. Yo tuve suerte, me encontraba en las minas de Nuevo Berlín cuando sucedió.

Callaron durante un rato. La música inició el arranque de su tema principal y el ritmo aceleró, como una maquinaria al borde del colapso. El barman trajo la bebida de ella, otro “especial azulado”, y dejó un plato con comida para picar en el centro.

A eso lo llamábamos “Margarita” –dijo él, señalando su bebida- normalmente era verde pero también existía la versión azul, como esta.

¿Margarita? Eso era el nombre de una flor, ¿verdad? –preguntó ella

Y aún lo es –contestó él- existen ejemplares en los invernaderos de las estaciones grandes.

¿De verdad? No lo sabía. Una amiga mía se llamaba así y me lo explicó. Pero nunca he visto la flor, ella decía que era muy bonita.

Si, lo era –concedió él, y volvió a enfrascarse en sus recuerdos - Por cierto –dijo de pronto después de un momento de silencio- ¿donde están las otras chicas?

Ah, ¿ellas? Han librado por esto del partido. Yo me he quedado porque una de nosotras ha de estar siempre de guardia.

Pues menuda guardia mas aburrida, ¿no? Aquí sola, hablando conmigo de cosas muertas y olvidadas.

No, hombre, me lo estoy pasando bien. De verdad. Venga cuéntame más cosas de la Tierra.

La Tierra –repitió como un eco y después de pensar un momento añadió - era un lugar muy bonito. No solo el cielo, de ese azul inmenso. También las montañas, los ríos, el mar. Ah, el mar. Yo me bañaba en él de niño, ¿sabías?

Y empezó a contarle lo que tenía encerrado en su corazón, que no le dejaba vivir por mucho tiempo que pasase. Sus recuerdos de la infancia, de un mundo donde podías salir al exterior sin máscara y sentir el aire recorrer tu piel. Donde podías caminar por las playas, siguiendo la línea de la costa, notando cómo la arena te cubría los pies, y dejar tu mirada vagar por el horizonte infinito del mar. Y entonces te echabas de lado y simplemente dormitabas, con el cálido sol en el cielo, escuchando el rumor constante de las olas. Un mundo donde podías subir por las montañas y ver los verdes valles extenderse a tus pies. Rodeado de naturaleza agreste y salvaje. No surgida, como ahora, de las entrañas de algún ordenador, diseñada en líneas rectas para conseguir el máximo rendimiento de los cultivos.

Pero creo que estoy hablando demasiado, ¿no? –dijo él, haciendo una pausa tras su largo discurso.

No, no. Si yo lo entiendo –dijo ella- tuvo que ser un lugar muy hermoso. Toda la gente lo dice.

Ya, pero no lo puedes imaginar. Es una cosa que se ha de ver, que se ha de vivir. Es difícil de explicar.

Bueno, ahora tenemos la simulación por inmersión –replicó ella- con eso se puede simular lo que quieras.

No es lo mismo –protestó él- eso sólo te muestra lo que otra persona ha creado. Estas viendo lo que le gusta a otro, sus fantasías. Además, todas las respuestas a tus acciones han sido previamente programadas.

No sé, la verdad es que no me lo imagino –concedió ella- pero en esa época había muchos problemas, ¿no es cierto? La gente no estaba controlada, como ahora, y podía hacer barbaridades.

Si, ya –dijo él- ahora todo el mundo tiene su código genético en los ordenadores. Cada vez que entras a un sitio te examinan con un escáner que les dice quién eres. Y hasta saben lo que te gusta, lo que comes, lo que ves por el tele-holo, etc. Ya, es verdad, todo el mundo esta controlado, pues que bien.

Oye, no te enfades, que yo solo intentaba animarte –protestó ella.

Si, perdona –dijo él- creo que me he pasado. Pero la gente de vuestra generación no lo puede entender. Y lo más triste de todo es que la Tierra morirá de verdad cuando los que aún la recordamos cómo era antes muramos. Quizás eso es lo que ha pasado siempre, ¿no?. El pasado muere cuando la gente que lo vivió muere y los últimos recuerdos de verdad mueren con ellos. ¿Tu que crees?

Yo creo que necesitas otra copa.

Si, tienes razón.

El disk-jockey les vio salir justo cuando empezaba a llegar la gente. Él parecía bastante bebido y era ayudado por la chica que casi lo tenía que llevar a rastras. ¿Qué habrá visto en ese tipo?, se preguntó. Pero ese no era su problema, ahora tenía cosas más urgentes en que pensar. Sin ninguna chica dando vueltas mejor sería que pusiera una música potente. Se decidió por el disco que más le gustaba y lo saco de su caja. Era uno antiguo pero su música no pasaba de moda. Ibiza 23 se llamaba. Mientras colocaba el cd en la ranura se preguntó dónde estaría esa discoteca.